

Alan Cervero

Historia de Yabéh

Yabéh no tiene hijos ni marido. De hecho no tiene familia cercana. Su única familia está en su país de origen. La enviaron a la temprana edad de 12 años a España, por miedo a una guerra demasiado cercana como para evitarla hasta en los temas de conversación. Acababan de salir de otra guerra y la pobreza permanecía en los hogares de los desdichados ciudadanos como la materia en la tierra, sin crearse, pero sin destruirse. No iba a la escuela, tampoco se le impartían clases particulares en su casa ni en ningún sitio. Ni siquiera el gobierno tenía dinero para mantener en pie los edificios bombardeados, destruidos con las bombas que cayeron implacablemente sobre la tierra, el asfalto y las terrazas. Así que ahí estaba, sola, en una estación desconocida, con tres cuartas partes del poco dinero que tenían sus familiares y cargada con maletas. Sin saber leer ni escribir, sin saber comunicarse, sin saber nada en un mundo inhóspito y nuevo para ella, que no le perdonaría y le miraría por encima del hombro sin ofrecerle la más mínima ayuda. Tenía miedo, y era evidente que necesitaba ayuda si quería salir bien de ahí. Pronto supo hablar el castellano, era una niña precoz, siempre lo dijo su abuela, pero ella no sabía lo que significaba esa palabra. Consiguió moverse con soltura por las ciudades, aprendiendo enseguida donde estaban los mejores recovecos donde nadie le molestaría en su lenta agonía. Robaba para mantener el poco dinero que tenía por si acaso y lloraba mucho, siempre que se acordaba de su familia, y pensando lo poco que le había gustado que le enviaran sola a ese lugar infernal de estrés, ruido, polución y tecnología. De pronto, un día, vio a unos chicos que llevaban un móvil en la mano, de donde salía un sonido. Se acercó disimuladamente para oír mejor el sonido y le pareció interesante. El cantante hablaba rápido, rimando frenéticamente y con unos sonidos de fondos que no parecían hechos por instrumentos tocados por personas. Vio tanta diferencia en esa música que le pareció increíble. Nunca había oído la música de lugares que no fueran su país. Pronto empezó a escuchar música de todo tipo, y oyendo a la gente decir que era rap, pop, funky, y otros tipos de música. Todas le parecían increíblemente encantadoras y distintas. Le gustaba la música. Pasó el tiempo, se hizo mayor, consiguió alquilar una pensión bastante barata y un trabajo horrible, de muchas horas, poco salario y demasiado sufrimiento, pero le gustaba, no tenía que vivir del robo

en las calles y se sentía poderosa por el gran cambio que había hecho en ese tiempo. Cuando llegaba exhausta a la pensión, iba a la hucha y contaba el dinero que ahorraba desde hacía mucho tiempo. Cuando tuvo suficiente se compró una grabadora y un par de cintas y escuchaba música. Se daba cuenta de que estaba limitada a escuchar música, sin posibilidad de aprender a tocar algún instrumento, leer libros o componer sus propias canciones, por culpa de un pasado amargo que le había impedido estudiar y aprender a leer y a escribir, y lloraba en silencio, mientras oía su música, su preciada música, que le mantenía viva y le permitía seguir luchando en la cruel vida que llevaba. De pronto, todo cambió un día en el que se despertó con energías renovadas y decidió plantarle cara a su situación como nunca antes lo había hecho: decidió aprender a leer y a escribir. Se informó, buscó sitios donde pudiese aprender y se lo propuso, le costase lo que le costase, aprendería a ser una persona con conocimientos suficientes como para poder vivir de forma tranquila y a gusto. Tenía 22 años cuando se lo propuso, y acabó con gran esfuerzo sacándose sus estudios y siendo una mujer renovada con 41 años. Consiguió un trabajo digno, y al poco tiempo un pequeño pisito mucho mejor que su anterior hogar. Se compró un pequeño estudio a los 53 años y compuso su propia música, feliz de poder hacerlo, feliz de poder escribir en un folio, feliz de su vida, de ella misma, de lo que había conseguido, y de lo orgullosos que estarían sus familiares. Entendía lo que significaba ser precoz, y sabía que era precoz, que no mucha gente hubiese podido conseguir lo que ella consiguió en ese largo periodo de tiempo. Se compró una guitarra, aprendió a tocarla, a cantar, y supo que con su antiguo analfabetismo nunca hubiera podido hacer todos sus sueños realidad. Alguien se interesó por sus maquetas y consiguió lanzar algunos discos de su propia música. Era conocida, pero a ella eso no le gustaba, hacía música por afición, no trabajaba de ello, pero se estaba empezando a crear una imagen de ella en la ciudad. Consiguió ser fija en su empleo y un salario importante gracias a sus esfuerzos, y a la edad de 65 años, buscando unas pastillas en un cajón, encontró algo que le rompió el corazón. El viejo grabador que se compró con 19 años, desgastado y polvoriento, con una cinta puesta aún en el lector y que cuando le dio al play, sonó como rasgada y con grano de fondo. Lloró en silencio, guardándolo de nuevo mientras se le resbalaban las lágrimas por las mejillas, y se levantó, dirigiéndose hacia el sofá, donde le esperaban su gato, sus gafas y su libro. Al día siguiente fue encontrada muerta, con expresión tranquila, sentada en su sofá, con un pequeño grabador viejo al lado y su guitarra al otro, con 2 folios que eran su última canción, y que fue publicada en un disco póstumo. Fue recordada por su

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

esfuerzo, y que pese a sus limitaciones, luchó para conseguir lo que se propuso, para así morir tranquila. Hizo todo lo que ella había querido hacer en su vida, la había arreglado, y desde el momento de su muerte, sabía que fue el saber leer y escribir lo que le abrió las puertas en su vida. Su abuela nunca se equivocó, era una niña precoz, siempre lo fue, y no se rindió nunca. Nunca y siempre.

**La
Gran
Lectura**

